

Por esto reservamos su estudio para la esposicion histórica en que vamos á entrar.

Pero antes, consagremos un corto, aunque esencial capítulo, á las prácticas de devocion á la Santísima Virgen, que, sin tener un carácter litúrgico, son, no obstante, autorizadas y fomentadas por la Iglesia, como medios eficaces y perfectamente razonables de piedad y de virtud.

CAPITULO VII.

Breves prácticas de Devocion á la Virgen.

I. Esta humilde parte del culto de la Santísima Virgen, es atacada abiertamente, ó secretamente despreciada, por todos aquellos que no la ejercitan. Se la deja á los devotos y á las buenas gentes, lamentando en voz alta ó baja la *superstition* que se alimenta con ellas, y haciendo un caso de conciencia filosófica el ser enteramente extraño á ellas.

Podria suceder muy bien, que se hallaran en esto, de parte de estas buenas gentes, la filosofia y la Religion, y que estuviera de parte de los despreciadores de estas prácticas, la cordedad de vista y su falta de claridad.

«Y además, escribia Montaigne, puedo decirlo por haberlo experimentado, puesto que en otros tiempos, habiendo usado de mi libertad particular, me mostré negligente en ciertos puntos de la observancia de la Iglesia, que parecen tener un aspecto mas ó menos vano ó extraño, y habiendo hablado con hombres sábios, aprendí de ellos, que estas cosas tienen un fundamento firme y muy sólido, y que es necesidad é ignorancia lo que nos hace mirarlas con menos reverencia que las demás.»

Vamos derecho á la objecion.

Todas estas prácticas del culto de la Virgen son supersticiones, porque se substituyen á la piedad y á la virtud. Favorecen la falsa devocion, induciendo á creer que con ellas quedan

justificados, cualesquiera que sean, por otra parte, los vicios ó las imperfecciones en que continuamos viviendo.

¿Quién hace esta objecion? Son principalmente los protestantes y los filósofos, es decir, los que dan mas en el vicio que reprenden á nuestros piadosos prácticos.

Los protestantes: ¿es propio de ellos acusar á la devocion católica hácia María, de sustituir las prácticas al mérito y las fórmulas á la virtud, de ellos, cuya doctrina dispensa de todo mérito y de toda virtud, y hace encontrar toda religion y toda justificacion en la sola imputacion de los méritos de Cristo? Si nuestras prácticas de devocion les han sido tan odiosas, no es porque ellas no produzcan bastante efecto; es porque lo producen *demasiado*, para la salvacion, para la verdadera piedad, puesto que es propio de su doctrina no hacer nada, ni siquiera un *acto* de fé. La fé sola y la fé *pasiva* basta para ellos; seguramente que semejante salvacion tiene menos precio que nuestras prácticas. Y nótese bien aun la gran diferencia que escluye toda apoximacion y similitud entre ambas doctrinas. Es *doctrina* en el Protestantismo, que basta la fé sola sin las obras; ¿y dónde se encuentra que sea doctrina en el Catholicismo que basten las prácticas solas? ¿Quién ignora, por el contrario, que semejante interpretacion se halla terminantemente condenada por la Iglesia, que llama siempre á sus hijos á la piedad, á la virtud, á la mas alta santidad, y que no anima á las prácticas de devocion sino como medios de elevarse á ella? ¿Y no es por esto mismo por lo que son odiosas sus prácticas á los protestantes? Su odio es nuestra justificacion (1).

Los filósofos, entiendo por tales los libres pensadores, ¿tienen mas autoridad para tachar nuestras humildes prácticas de actos vanos que no tienen ninguna consecuencia para la virtud? ¿En qué consiste la filosofía según ellos? no pregunto

(1) No queremos decir que no tengan los protestantes virtudes naturales y aun cristianas, pues las reconocemos en ellos con sumo gusto. Pero si tienen tales virtudes, á pesar de su doctrina que les dispensa de ellas, ¿cuánto mas no las tendrán los católicos á causa de su doctrina que les sujeta á ellas?

á dónde conduce, porque eso seria demasiado indiscreto, sino ¿en qué consiste? ¿qué se propone? ¿La continencia? ¿la humildad? ¿la paciencia? ¿la resignacion? ¿el desinterés? ¿el sacrificio? ¿la virtud? Porque de esto se trata verdaderamente. ¿Pura rision preguntarlo! — ¿En qué consiste pues? — En la *investigacion de la verdad*. — ¿Y despues? Cuando se ha encontrado la verdad, es lo regular ponerla en práctica. No se vuelve de este peregrinaje tan pobre respecto de su vida y sus costumbres, como se partió de él. A este contacto divino quedamos transfigurados. Compréndase, pues, que consintiendo la filosofía en la *investigacion*, entendido bien, de la verdad, hace profesion de no *encontrarla* nunca, puesto que en cuanto la encontrara, cesaria de buscarla, y por consiguiente de filosofar. En esta *práctica* de la investigacion de la verdad, es en lo que consiste toda esta filosofía; práctica no solamente sin virtud, sino sin verdad; jaula giratoria del entendimiento, puro fetiquismo del libre pensamiento. En verdad, no hay por qué tirar piedras á nuestras devociones.

II. Despues de haber separado así á sus censores, consideremos y justifiquemos estas devociones en sí mismas.

En primer lugar, no hay nadie, por ignorante que sea, que no sepa que no pueden suplir á la verdad y virtud verdaderas, sino que deben ser su espresion y vehículo. No cabe engaño sobre esto, sin que haya engaño científico. Todo el mundo sabe que la salvacion no es una limosna que obtengan la Virgen y los Santos por la importunidad con que se les pida, sino una *recompensa* que se ha prometido al esfuerzo, un *premio* que no se gana sino concurriendo á él, una *corona* que no se coloca sino en la frente del vencedor. Solamente, que como no podemos todo esto sin la *gracia*, rogamos de este modo á la Virgen y á los Santos, que nos obtengan las gracias cuyo buen uso nos hace mas seguro, mas fácil y mas suave el camino del cielo. ¿Qué hay que censurar en esta doctrina?

Y además, ¿quién no sabe tambien que la Virgen y los Santos no son favorables á los que les ruegan, sino á proporcion que estos se esfuerzan en imitarles; que no son patronos nuestros, sino á proporcion que son nuestros modelos, y que

así, el mismo interés nos empeña á seguir las huellas de su santidad?

No hay duda, se dice, que tal es la doctrina de la Iglesia, y no es á ella á quien censuramos, pues se halla al abrigo de toda crítica. Pero, ¿qué llega á ser en los entendimientos y en los corazones toscos que la amoldan á sus inclinaciones y á sus miras? No es la doctrina, es la costumbre lo que acusamos; no es lo que debia ser, sino lo que es.

Pero acaso, ¿no amoldais vosotros mismos lo que es á vuestras preocupaciones y á vuestras miras? ¿Lo veis vosotros tal como es? Veis la imágen de la Virgen, los cirios, el *ex-voto*, los rosarios, las medallas y las buenas gentes, y nada más. ¿Pero está reducido todo á esto? ¿Habeis visto bien? ¿No habeis observado dos cosas, dos instituciones, que no dejan entregadas á sí mismas estas devociones, y que sujetan á su inspeccion y á su depuracion los entendimientos y los corazones que se entregan á ellas, bajo pena de no haber hecho *sus devociones*? ¿No veis el púlpito y el confesonario? ¿El púlpito, de donde desciende la luz de la doctrina sobre todo el mundo; el confesonario, donde se la inocular á cada uno; el púlpito, que rectifica las interpretaciones; el confesonario, que endereza las inclinaciones; el púlpito y el confesonario, donde se deponen toda ignorancia y toda mancha, y que conducen de uno á otro al altar, á la suprema devocion que consume las demás, la devocion á Nuestro Señor Jesucristo, en su temible Sacramento?

Y además, ¿veis vosotros los corazones, veis las almas? todos los frenos que les ponen todas estas devociones, las puras impresiones que les producen, los remordimientos que despiertan en ellas, las pasiones que templan, los preservativos que les llevan, los vicios que corrigen y las virtudes que hacen germinar y florecer?

No hay duda que se recae en las inclinaciones acostumbradas; pero no siempre, pero mucho menos, pero por lo menos, con la *conciencia* de su debilidad y de su infidelidad. ¡La conciencia! ¡Ah! ¡aunque solo se hubiera salvado esta, se hubiera salvado el hogar doméstico de la virtud!

«Desconfiad, escribia no ha mucho á un sacerdote un

elocuente Prelado, desconfiad de ese celo amargo y poco ilustrado, que hace consistir *enteramente* la devocion á la Santísima Virgen en la estricta observancia de sus ejemplos, y que no reconoce fuera de esto nada bueno, nada útil en las prácticas de la Iglesia instituidas en su honor. Predicar que la piedad á María, por parte de los que viven en el desórden, es una piedad falaz, injuriosa á Jesucristo y á su Madre, una observancia erisoria, una vana y criminal confianza, es traspasar la verdad y falsear la regla, es detener la corriente de la gracia, y á fuerza de sequedad y exageracion, *ingertar la debilidad, cuando la intencion de la Iglesia es ingertar el arrepentimiento en la misericordia*. No hay duda que atacaríais á esos devotos presuntuosos, si los hubiera en vuestras parroquias, que abusaran de lo que se publica sobre el crédito que tiene la Santísima Virgen para la salvacion; que les recordaríais con energía, que no se llega al cielo sin renunciar al pecado, y sin hacer penitencia de él; pero al mismo tiempo les diríais: que uno de los medios mas eficaces de obtener su conversion, es la devocion á la Santísima Virgen.»

He aquí lo que son las prácticas de devocion á la Santísima Virgen en sus menores efectos. ¿Qué son, pues, en sus efectos superiores?

Aquí hablan los hechos, y, ¡qué hechos! Encontradme en toda la historia del Cristianismo de hace diez y ocho siglos, un héroe, diré mas, un genio católico que no haya sido particularmente devoto de la Santísima Virgen y sectario escrupuloso de sus prácticas. Mostradme á la hora presente una grande obra, una grande adhesion, una gran pureza que no florezca á la sombra de los altares de María, y que no haga una arma, una muralla y como un talisman de esta devocion. ¡Ah! Respetad, venerad, besad el rosario de la virginidad, de la caridad y del martirio!.... Sin duda que estas devociones no son de la esencia misma del Cristianismo, no son, si queis, mas que su corteza; pero como tales, protegen la ciencia, y la enriquecen con todas las impresiones del aire y de la luz, cuyos hálitos de inspiracion y cuyos rayos estraen.

III. Pero precisamente lo que hay de material en los ins-

trumentos de esta devocion es lo que provoca mas la censura y la crítica de los que son estraños á ella. Un pedazo de lana ó de metal que se lleva encima en las frivolidades ó aun en las miserias de la vida ; un cirio que se consume en vuestra ausencia ante una tosca estátua, cuentas de rosario que se deslizan entre los dedos, mas escrupulosos de su número que de su significacion, así es como se les presentan las devociones católicas á la Santísima Virgen.

Si Dios hubiera consultado á los sábios sobre el designio que tenia de hacerse *carne*, hubieran desechado este designio como una insigne locura. ¿Qué hubiera sido, pues, si les hubiese dicho: Yo guardaré eternamente esta carne tomada en el seno de una mujer, y la elevaré conmigo á la gloria; os la daré á adorar en los altares y os la daré á comer en una mesa; por un plan de que será el centro esta perpétua *Encarnacion*, haré llegar mi gracia á vuestras almas por canales materiales y sensibles, fuera de los cuales os vereis privados de ella, por medio del agua, del aceite, de las palabras sacerdotales, de las imposiciones de manos; y por aquí, por aquí solamente, *espiritualizaré* el mundo, y formaré en él Angeles? Esto es lo que él hizo y lo que vemos nosotros.

Establecido este divino sistema, es consiguiente admitir fuera de los sacramentos, y por una irradiacion de la gracia que en ellos se contiene, una virtud de bendicion y de consagracion en el revestimiento sensible de todo el culto, y hasta en los objetos privados á que estiende y aplica la Iglesia esta virtud. Estos objetos *benditos*, que llevados con fé y con respeto, tienen influencias morales y aun sensibles, que hacen experimentar al cuerpo y al alma del fiel hasta milagros, y que atraen y suscitan con frecuencia á la vida de la gracia á los pecadores mas abandonados. ¿No faltan ejemplos en apoyo de esta verdad!

IV. Bajo un punto de vista filosófico, las prácticas sensibles de devocion á la Santísima Virgen están admirablemente apropiadas á las necesidades de las almas sencillas, y tambien á las de las almas elevadas. A estas dan elevacion, á aquellas sencillez.

Desarrollemos un poco este doble aspecto.

Estas prácticas son como la liturgia de los sencillos é ignorantes. La liturgia propiamente dicha, es para ellos un libro cerrado ó velado, en que deletrean con dificultad. Aun pueden menos componer ellos mismos actos y fórmulas de oraciones, y mucho menos pasar sin ellas para elevar á Dios una alma doblemente apesadumbrada por su falta de cultura y por la predominancia del cuerpo. Estas almas ¿permanecerán al pié de la santa montaña, á la puerta de nuestros misterios? ¿no habrá medio alguno de iniciarlas á la vida espiritual y sobrenatural, á esa vida tan elevada, que es para la vida intelectual lo que esta para la vida de los sentidos? ¿Cómo llevarlas á tal altura?—Mas fácilmente que lo hacen los filósofos y los grandes ingenios; mas fácilmente, porque no oponen obstáculos.—Pero sin embargo, se necesitan medios.—Estos medios son la devocion á la Santísima Virgen y sus piadosas prácticas. Hay en el objeto de esta devocion algo tan accesible, tan simpático y atrayente, que es irresistible el encanto que produce en las almas; diríjense estas por instinto hácia el altar de la Virgen, como hácia un puerto en la borrasca, como hácia el consuelo en el padecimiento, como hácia la dilatacion y desahogo en las penas, como hácia la misericordia en el arrepentimiento, como hácia la potestad en la necesidad, y finalmente, como hácia la bondad infinita de Dios, despojada de todo atributo de magestad y de justicia y personificada en un Niño para ser cometida á una Madre; á una Madre, que solo es la suya para serlo nuestra, y sobre la que tenemos en su consecuencia, todos los derechos que ella tiene sobre su Hijo. No se diga que la Virgen eclipsa á Dios en este culto y que ella es el objeto propio y final de la devocion. Porque además de la enseñanza continua de la Iglesia, que destierra bajo mil formas este error, es manifesto que la misma devocion lo hace imposible, puesto que es la Madre, como Madre á quien se invoca en ella, teniendo esta cualidad de un Hijo á quien nos muestra como su título á nuestra confianza, y que se produce así á nuestro culto por esa misma devocion á que se acusa de hacerlo olvidar. Tal olvido, tal supersticion seria un círculo vicioso, y debe tambien recono-

cerse, que de todos los modos de culto del *Hombre-Dios*, el mas formal, el mas demostrativo y el mas esplicito es el culto de la *Madre de Dios* (1).

De aquí proviene, ¡cosa admirable! que este culto que atrae las almas mas tímidas y mas humildes á fuerza de dulzura y facilidad, transfigura las almas mas toscas y mas comunes á fuerza de pureza y de santidad. Seguramente, si fuera una idolatría, si se limitara á una criatura, hace largo tiempo que á causa de esta familiaridad de devocion, lo hubieran hecho las pasiones á su imágen. Pero nó; todas ellas vienen á espirar á los piés de esta Pureza, que no solamente resiste al contacto de las almas, que no solamente las domina, sino que las eleva á su ideal, y prueba con esta accion sobrenatural victoriosamente su legitimidad, mas aun que con los milagros sensibles en que hace brillar frecuentemente su poder. Por aquí se inician las almas sencillas á la vida sobrenatural, á la que les sirven como de conductores litúrgicos todos los instrumentos sensibles de esta devocion, penetrados de la misma virtud y de la misma vida de su objeto, llevados y empleados con el mismo espíritu. Las cuentas del rosario llegan á ser en manos del sencillo y del ignorante, por el fervor y la gracia de la oracion que se aplica en ellos, como granos de incienso, cuyo perfume espiritual sube á Dios tanto como el de nuestros mas bellos cánticos. El santo escapulario le despoja de la tierra revistiéndole del cielo, y hace descansar sobre él el espíritu de Eliseo llevado sobre un carro de fuego. La llama del cirio que encendió su fervor al pié de Nuestra Señora es el simbolo de esa llama interior de la devocion que se eleva de su alma, y que la ilumina, consumiendo en ella sus tosquedades. Las peregrinaciones á los santuarios de la Madre de Dios, que le hace emprender su piedad con tan cándida perseverancia, separándole de sus hogares, le inspiran el desprendimiento de esta vida, y hacen de esta peregrinacion la de la Eternidad. Así

(1) Por esto, como hemos visto en la liturgia de la festividad del Santísimo Sacramento, viene á enlazarse el culto de la Presencia Real con el de la maternidad Divina.

sucede respecto de todas las demás prácticas de la Religion. Ellas elevan las almas sencillas.

V. Estas mismas prácticas dan sencillez á las almas elevadas. Muchas gentes no entran en el Cristianismo, ó no se elevan á él, porque quieren penetrar sin inclinarse, sin humillarse; porque en este divino sistema, la elevacion es á proporcion de la humillacion. «¿Por qué ascendió, dice San Pablo de Jesucristo, sino porque descendió anteriormente (1)? Seguramente que si el Hijo de Dios, que podia elevar á sí la humanidad, sin descender hasta ella, se dignó aniquilarse hasta el estado de hombre, hasta el estado de niño, concebido en el seno de una humilde mujer, para ascender, de aquí, en su humanidad hasta la cima de la gloria, ¿quién puede creerse dispensado de seguir tal ejemplo? ¿quién puede pretender subir sin descender? Es preciso absolutamente descender. ¿Y á dónde es preciso descender, hasta dónde debe descenderse? Es preciso descender nosotros mismos de nuestro orgullo, de nuestra personalidad, de nuestro cielo, donde residimos mas ó menos como *espíritus de eleccion* y como dioses con respecto al mortal vulgar; y es necesario descender hasta donde descendió el mismo Jesucristo. Es necesario *hacernos hombre* nosotros mismos, así como él se hizo hombre, simple hombre, hombre nuevo. Es necesario despojarnos, reducirnos hasta hacernos niños, hasta *renacer*, como decia Jesucristo á Nicodemo, con grande admiracion de ese doctor en aquel admirable diálogo que tuvo con él durante la noche (2).—¿Y cómo? Por la humildad, por la simplicidad, que es su perfeccion y su gracia, que es la humildad naturalizada. La simplicidad, esa virtud, esa disposicion del alma, que bajo la fé de una autoridad divina bien reconocida, nos desprende de nosotros mismos para entregarnos á las operaciones de Dios, que nos vuelve á conducir á ese estado nativo ó cándido que constituye el fondo primitivo de nuestro sér, haciendo abstraccion de los acrecimientos que ha recibido, para que Dios ponga y levante en él

(1) Ad Ephes., IV, 9.

(2) Evangelio de San Juan, cap. III.